

## LA CAMPANA TUVO LA CULPA....

---

A las nueve de la noche la vieja y destemplada campana del claustro sonó. Al punto, y como movidos por un resorte, todos los que estudiábamos en el amplio salón del Colegio, nos levantámos de los pupitres y nos dirigímos a los dormitorios.

Recuerdo muy bien. Corría el año de mil novecientos veintiuno. Hacía frío. La noche estaba oscura, y allá, es decir, al otro lado de los muros del Colegio, se oía el continuo ruido de los vehículos que por la calle pasaban.

Llegamos a los dormitorios. Un viento menudo penetraba por las rendijas de las ventanas haciendo en nosotros una impresión desagradable. El reloj de la iglesia de san Francisco dio las nueve y media. Algunos de mis compañeros dormían ya, y no faltaban otros que estuvieran devorando ya un libro amoroso o filosófico, ya una gramática inglesa, como también una latina.

Mientras tanto, yo recorría a galope el corto pasado en el joven caballo de mi fantasía. Llegaba a mi casa, y después de darles a todos un estrecho abrazo, les contaba luégo mis alegrías y mis tristezas; y charlaba de cuando en vez, tanto, que de muy buena gana me reía.

El reloj antiguo de san Francisco deja oír diez campanadas.

Sólo yo no me he dormido, y el ruido que rara vez deja un vehículo de la ciudad del misterio y del cielo gris, viene a interrumpir el silencio que me rodea. En mi cerebro cansado por el trabajo del día, daba vueltas y revueltas una larga frase, o mejor dicho, un ejemplo de los muchos que trae la gramática latina de



piano se dejaron oír. Un delicioso vals convidaba a bailar. Al punto comenzó la chica como a acompañar con sus diminutos pies, y el señor le dijo: «Si quieres, hija mía, baila con el señor... con el señor... qué?» y entonces allí hubo una presentación; y el noble caballero apretando con violencia mis manos, dijo: «Me llamo Alfonso del Campo, y esta niña lleva por nombre Elena.» Después de darles los debidos agradecimientos, dije: es propio de la raza latina la amabilidad, el gusto y el arte. Y antes de que el vals expirara, le presenté mi brazo a Elenita, y oh felicidad!, la bella francesita era más ligera y suave que una pluma; era algo como de seda. Vestía un primoroso traje azul, azul como el cielo de Italia. Mientras bailábamos, ella no hacía más que reír, y le pude conocer un montón de dientes blancos y parejos.

De repente, una parte de la gente que había permanecido sentada, mientras algunos bailábamos, se levantó de su asiento bruscamente, y dijo con profunda admiración, señalando allá a lo lejos:

«Llegamos!,» y al pronunciar esta palabra, todos suspendimos el baile, y dirigimos la mirada en la dirección indicada, y en efecto, allá a lo lejos, se dibujaban muchas casas llenas de luz. Era el puerto.

Estábamos Elenita y yo, viendo el hermoso camino quebrado como de aluminio que formaba la luna en el mar, cuando sentimos que nos golpearon por la espalda. Era don Alfonso del Campo.

—Sentémonos muchachos, dijo él, porque pronto llegaremos y quiero manifestar a usted, amiguito (dirigiéndose a mí), algunas cosas.

Tomamos asiento quedando Elenita a la derecha de su padre, y yo a la izquierda. El señor del Campo principió: «Quiero que permanezcamos un mes en los Estados Unidos, y luégo iremos a París. Allí está mē

casa a sus órdenes; tengo allí una biblioteca de cinco mil volúmenes, y tengo muy buenas relaciones ... El señor hizo una pausa y mientras tanto Elena me miraba con dulzura. El señor continuó: tengo esta hijita, balsamo a mis tristezas y digno retrato de su madre. Elena, al oír esta palabra de madre, se quedó como abstraída, y de sus bellos ojos se desprendieron dos lágrimas, grandes como sus bellos ojos.

Y siguió don Alfonso: luégo iremos a Italia, a ese bello país donde la belleza tiene parte predominante; donde Dante engendró su inmortal poema, y donde el cielo es más azul....

El buque anunciaba su llegada al puerto, y todo el mundo se apresuraba a coger sus maletas. Iremos al hotel *La Campagne*, dice don Alfonso, y por la noche iremos a teatro. El buque se aproximaba al puerto, cuando la vieja y destemplada campana del claustro sonó. Desperté bruscamente, y lo primero que se vino a mi memoria fue la lección de latín. Recordé que no la sabía muy bien, y me apresuré a levantar. Y al bajar por la escalera de piedra del viejo Colegio, por donde «descendiera Caldas al patíbulo para ascender a la inmortalidad,» me decía: hay que exclamar con el grande español: «y los sueños, sueños son.»

Perdonadme, lectores, lo pesado de mi narración, pero permitidme que os diga: que si la vieja y destemplada campana del claustro no suena, estuviera yo en París....

J. NARANJO ARANGO,  
Colegial de número.

